

El callismo espiritista

Fernando M. González

Junto con Álvaro Obregón, el general Plutarco Elías Calles fue protagonista central de la escena política mexicana posrevolucionaria. Uno de los puntos de tensión más importantes de su periodo presidencial, entre 1924 y 1928, fue el de los enfrentamientos con la Iglesia católica. ¿Qué ocurrió con las ideas del Jefe Máximo frente a lo religioso una vez que dejó el poder?

A la memoria de Vicente Leñero

Obregón no volvió a ser el mismo tras el asesinato de su gran amigo [Francisco] Serrano. Los muertos con que había sembrado su camino al poder empezaron a rodearlo de sombras. [...] Lo cierto es que de [su] cadáver se levantó el PRI.

JOSÉ EMILIO PACHECO

En cambio, a diferencia del caudillo invicto —que murió encima de un plato de pozole escuchando *El Limoncito*—, su otra “mitad”, Plutarco Elías Calles, murió en su cama. E incluso se dio el lujo de que las sombras de los asesinados que también lo rodearon se difuminaran y fueran substituidas por entidades luminosas, antes de transformarse él mismo en una de ellas cuando volvió del exilio en los inicios de 1941. Gracias a la muerte de su rival, se abrió la oportunidad para reconfigurar la Revolución en vías de institucionalización. Por lo pronto, con la fundación del antecedente de lo que sería el PRI, el Partido Nacional Revolucionario (PNR).

Nadie sabe para quién asesina, como fue el caso del católico José de León Toral respecto de Obregón. O sea, que entre los antecedentes del PNR fue el asesinato acumulado así como también el de las conspiraciones tanto

del lado de algunos sectores del régimen,¹ como de grupos minoritarios de católicos para asesinar al presidente electo Álvaro Obregón. Impedir de nueva cuenta la reelección implicó pasar una vez más por matar. Con lo cual, por mínimo setenta años la no reelección de la persona se transformó en la reelección del partido que la postulaba, tanto en la presidencia, gobernaturas, senado, etcétera.

El asesinato de Álvaro Obregón se convirtió en un asunto para un personaje combinado que se podría denominar Sherlock Freud, ya que a estas alturas todavía se especula si se cruzaron en el momento del asesinato de La Bombilla las dos conspiraciones que apuntaban al mismo hombre pero por distintas razones. Y eso que el asesino estuvo a vistas y a diez centímetros de su víctima.² Pero el cuerpo del caudillo, según la versión que

¹ Por ejemplo, de Luis N. Morones. Véase por ejemplo el texto de Pedro Castro, *Álvaro Obregón. Fuego y cenizas de la Revolución Mexicana*, Era, México, 2009, o el de Mario Ramírez Rancaño, *El asesinato de Obregón: La conspiración y la madre Conchita*, SEP/UNAM-IIS, México, 2014.

² Qué decir de los asesinatos colectivos, por ejemplo, de Tlatelolco, del 10 de junio de 1971, de la llamada *guerra sucia* y sus desapare-

se elija, tendrá más o menos agujeros producto de las balas y, además, de diversos calibres. Esto último hablaría de una notable coordinación entre diferentes grupos de asesinos cuando menos en el momento preciso. A saber.

Una conversación escuchada por una joven de 15 años entre 1936 y 1940 en la residencia de Plutarco Elías Calles en San Diego durante su exilio político servirá como ventana introductoria para detectar un cambio en la posición del citado ex presidente de México y ex Jefe Máximo, respecto de la religión católica. Se trata del relato de Guadalupe Zárraga Martínez, cuyo padre, el arquitecto Zárraga, le pregunta a quemarropa al ex presidente en un momento de la sobremesa:

—Mi general: ¿Cuál fue su mayor error político?

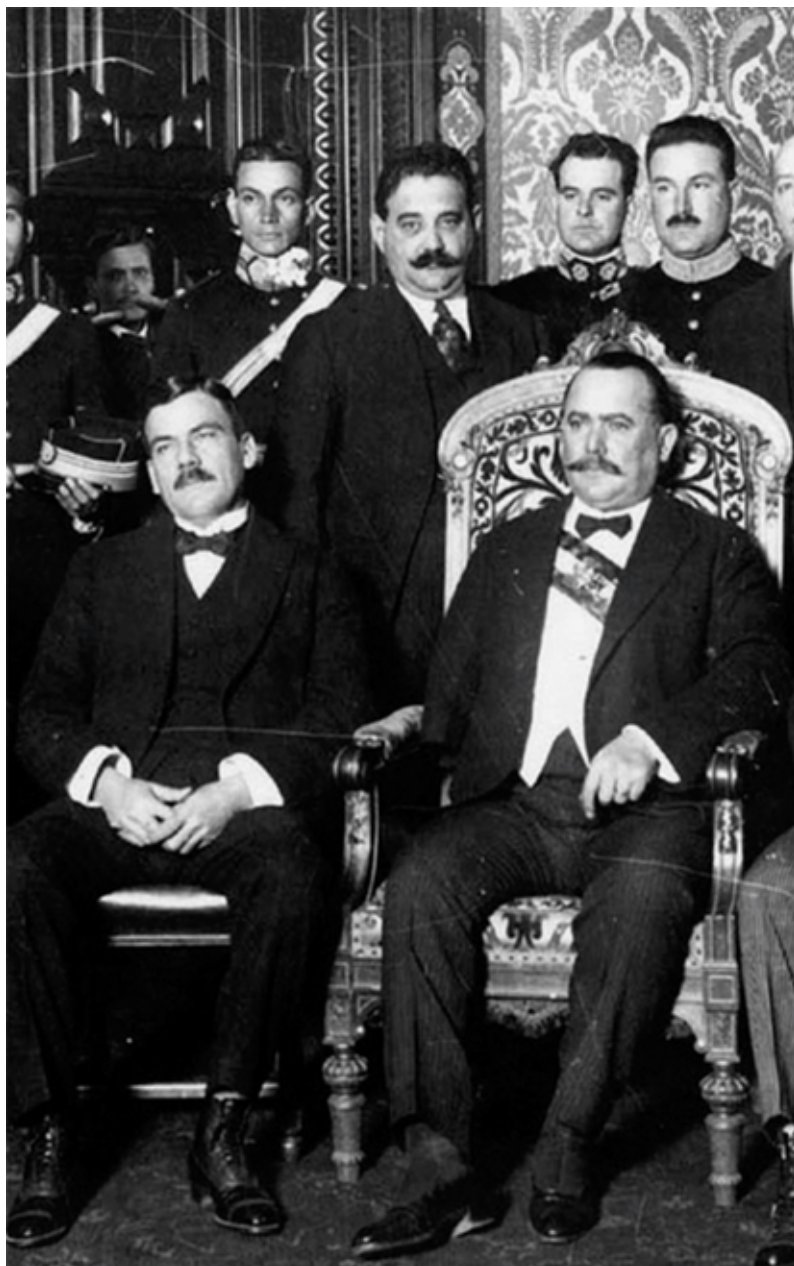
—Haber atacado a la religión católica. Y el no haber tomado en cuenta que hasta en la última rancharía hay una Virgen de Guadalupe.³

Si alguien hubiera esperado a que se refiriera por ejemplo al enfrentamiento con el presidente Cárdenas, que lo había defenestrado, como su error político más serio, se sentiría más bien desconcertado. A diferencia del cadáver que ya no despertó cuando los católicos seguían ahí, Calles tuvo al parecer tiempo de reconsiderar su posición, aunque no necesariamente para acercarse al catolicismo sino a otra manera de encararse con el “más allá”. Cuando hablo de un cambio de perspectiva en relación al catolicismo, me refiero a que si tomamos en cuenta las dos posiciones previas del ex Jefe Máximo que se pueden situar con cierta precisión en el periodo que va de 1926 a 1934, la mirada del general Calles adquiere otro nivel de complejidad, que no era tan obviamente previsible. En cambio, su conservadurismo político en relación a los obreros que se mostró a plena luz, por ejemplo en la segunda mitad de 1935, o respecto a Hitler, es otro cantar.

La primera posición se puede ver en las palabras emitidas por el presidente Calles el 30 de julio de 1926. Palabras que condensan lo que podríamos denominar como el periodo *ideológico-militar*: “Creo que estamos en el momento en que los campos van a quedar deslindados para siempre; la hora se aproxima en la cual se va a liberar la batalla definitiva, vamos a saber si la Revolución ha vencido a la reacción, o si el triunfo de la Revolución ha sido efímero” (*El Universal*, 30 de julio de

cidos, de Ayotzinapa y su único hueso, de... en las cuales las evidencias no son tan contundentes aunque tampoco estén borradas sin más. O de los casos más particulares del candidato Colosio —de nuevo el PRI— y del cardenal Posadas. En este último caso se entretejió la trama con el narco Chapo Guzmán incluido y los Arellano Félix.

³ Testimonio que le transmitió al licenciado Eduardo Muñoz su tía Guadalupe Zárraga Martínez. El primero me lo hizo saber en Guadalajara el 11 de septiembre de 2015.



Plutarco Elías Calles y Álvaro Obregón

1926).⁴ Palabras que encontrarán su rápida contraparte en aquellas del quinto arzobispo de Guadalajara, monseñor Francisco Orozco y Jiménez, cuando espetó: “no podemos admitir componendas, ellos mismos están jugando su última carta”.⁵

⁴ Gonzalo N. Santos, el cacique de San Luis Potosí, con la credencial número 6 como miembro del PNR, en sus descarnadas memorias escribe sobre los momentos fundacionales del PNR; retoma las palabras de Calles —pero ahora retrotrayéndolas a su propio campo—, en el contexto de la contienda para elegir a Pascual Ortiz Rubio frente a Aarón Sáenz: “vamos a combatir unidos a los viejos cristeros y a los cristeros nuevos. ¡Y celebrémoslo! ¡Aquí terminará el problema! Porque los militares traidores seguramente que ocuparán la vanguardia en los ejércitos cristeros, y ahora tendremos oportunidad de obligarlos a combatir contra las armas de la auténtica revolución. [...] Camaradas de la Revolución, celebren que el PNR haya terminado de formarse sobre el cráter de un volcán, porque aquí estamos puros hombres de pelea que no saben retroceder ante ninguna amenaza”. Gonzalo N. Santos, *Memorias*, Grijalbo, México, 1986, p. 364.

⁵ “Observaciones sobre la reglamentación del culto público”, 5 de junio de 1926, Archivo de la Catedral de Guadalajara.

Evidentemente, esta profecía con visos apocalípticos no se cumplió. Ni los campos quedaron deslindados “para siempre” como dijo el entonces presidente, ni se jugó la “última carta” como pretendió el arzobispo. (Y visto en perspectiva, la palabra “reacción” no sólo abarcaba a los católicos sino también a los revolucionarios que tuvieron la desgracia de no coincidir con los dos generales sonorenses triunfantes). El juicio final se haría esperar una vez más. De ahí que ocho años después, ya en pleno conflicto provocado por la denominada educación socialista, Calles, todavía investido en Jefe Máximo, afirmó con su contundencia habitual, el 20 de julio de 1934, en el denominado Grito de Guadalajara, lo siguiente: “La revolución no ha terminado. Los eternos enemigos la acechan y tratan de hacer nugatorios sus triunfos. Es necesario que entremos al nuevo periodo de la revolución que yo llamaría el periodo revolucionario psicológico. Debemos entrar y apoderarnos de las conciencias de la niñez, de las conciencias de la juventud, porque son y deben pertenecer a la revolución [...] pertenecen a la colectividad” (*El Universal*, 20 de julio de 1934).

En este segundo periodo, ahora *revolucionario-psicológico*, evidentemente el ciudadano como tal no se vislumbra. Los individuos y más específicamente los niños y los jóvenes, o pertenecen al Estado —o a la “colectividad”—, o a la Iglesia católica. Esta vez se trata de desplazar el campo de batalla hacia el territorio denominado como la “conciencia de los niños y jóvenes” por intermedio de la “educación socialista”. Guerra psicológica que por fin derrote a los “eternos” enemigos de la heterogénea Revolución con mayúscula. En síntesis, a la reacción aunque sea con minúscula.

Es comprensible que algunos de los representantes de la “reacción” hayan leído estas palabras en código soviético y pensado que, así “como sucedía en Rusia”, se iban a robar a sus hijos apoderándose de su “alma”. Palabras que cualquiera de la generación de la inmediata posguerra, que se haya formado a partir de 1945 en los territorios de la “reacción”, habrá escuchado de sus padres. En este contexto, se da el clima perfecto para que continúen pululando las sociedades reservadas católicas con código genético de catacumba y juramentos ante calaveras y crucifijos, por ejemplo: Las Legiones (1930); Los Tecos (1934) y Los Conejos (1936), etcétera. Si se toman las palabras a la letra efectivamente se podía crear la impresión de que una nueva escalada persecutoria se avecinaba con más fuerza aún y esta vez en el corazón de las almas atravesadas por la educación denominada laicista y “socialista”. Que no laica. Pero las cosas estaban lejos de ser así de evidentes por más que ciertas declaraciones se prestaran a irse de largo, e incluso un conjunto de actos que se concibieron como “desfanati-

zadores” entre 1932 y 1935. Las palabras de Calles resultaron más bien el canto del cisne de una manera de enfrentar el “eterno conflicto” con la *reacción*.

Muy pronto, desde su propio campo, otro tipo de reacción se hizo presente. Las cúpulas gubernamentales estaban a punto de reconfigurarse sustancialmente, cuando menos por un rato. Y entre otras cosas el Jefe Máximo iba a quedar relegado por el presidente Cárdenas. Digamos que no pensó que él mismo pudiera ser incluido ahora entre los reaccionarios. O entre los que podríamos denominar como los “mochos” de la Revolución.⁶

En las palabras de Calles de nueva cuenta se hace presente una dicotomía perfecta y reductora de la complejidad de lo real. Dicotomía que no toma en cuenta que no todo se reduce por ejemplo a una psicología con visos racionalistas o a una eliminación de toda creencia por la ciencia. Sintetizada por ejemplo en la reforma del artículo tercero que si bien no necesariamente Calles hizo suyo del todo, en parte le agradó porque iba a exacerbar el conflicto con la Iglesia católica. El artículo tercero decía lo siguiente: “La educación que imparta el Estado será socialista y, además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá el fanatismo y los prejuicios, para lo cual la escuela organizará sus enseñanzas y actividades en forma que permitan crear en la juventud un concepto racional y exacto del universo”. Dicho artículo fue publicado en octubre de ese año un poco antes de la toma de posesión de Cárdenas y un poco después del Grito de Guadalajara. (Muchos católicos y no necesariamente sólo los radicales amalgamaron ambos sucesos).

El debate entre Vicente Lombardo y Antonio Caso en septiembre de 1933 respecto de la educación socialista resultará ejemplar para dirimir dos proyectos educativos. Lombardo, que iba a ser un apoyo fundamental para Cárdenas, sostenía que tanto las universidades

⁶ Guillermo García Oropeza ofrece una excelente descripción de los denominados “mochos” referido fundamentalmente a los católicos, pero apunta más allá de estos. “El mocho —un espléndido hallazgo verbal mexicano— es alguien a quien obviamente le falta algo, que crece como los árboles mal podados más de un lado que del otro. La mochedad es cerrazón, es estrechez, es, a veces, idea fija. El mocho interpreta esa trágica fe que es el cristianismo de manera [...] más sofocante, dejándole poco, muy poco lugar [...] a la santa tolerancia. El mocho crece en eterno miedo de la vida, del mundo, carne y diablo. Sus placeres más exquisitos son, sin duda, los de la culpa. El *Schuldgefühl* freudiano crece en el mocho como los crotos en Colima. Árido, monótono, el mocho tiene, sin embargo, el consuelo de contemplar a los demás desde el alto campanario de su propia virtud. Crecido en un medio muchas veces anticlerical, jacobino, el mocho tiene una visión conspiratoria del mundo y acaricia la idea del martirio. // [...] Aun perdida la fe, la mochedad persiste, transformada o en jacobinismo ultramontano o en ese escepticismo doloroso que con tanto conocimiento de causa exploró don Miguel de Unamuno” (*Jalisco, una invitación a su microhistoria*, Banca Promex, 1990, p. 62). Frente a esta visión, se alzaría el escéptico gozoso, que implica un pasaje crítico por esta construcción subjetiva de la mochedad de uno y otro bando, que nos fue transmitida acriticamente a los de la generación de la posguerra y una reconsideración de la laicidad más allá de lo anticlerical.



El padre Pro antes de su fusilamiento el 23 de noviembre de 1927

como los institutos de tipo universitario por medio de sus cátedras e investigaciones, “en el terreno estrictamente científico, [contribuirán] a la sustitución del régimen capitalista, por un sistema que socialice los instrumentos y los medios de producción económica”. (Muchos años después, Lombardo, ya domesticado a fondo por el sistema priista, apoya en uno de los últimos actos de la vida a Díaz Ordaz en 1968, y quizá le faltó decir entonces que se trataba de “socializar los medios de represión”). “Las enseñanzas que forman el plan de estudios correspondientes [...] rematarán con la enseñanza de la filosofía basada en la naturaleza. [...] Y la ética, como una valoración de la vida que señale como norma para la conducta individual, el esfuerzo constante dirigido hacia el advenimiento de una sociedad sin clases...” (*Las Noticias*, Guadalajara, 20 de septiembre de 1933).

A su vez, Caso planteaba lo siguiente:

La Universidad de México es una comunidad cultural de investigación y enseñanza; por lo tanto, jamás preconizará oficialmente, como persona moral, credo alguno filosófico, social o artístico o científico. Cada catedrático expondrá libre e inviolablemente sin más limitaciones que las leyes consignent, su opinión personal, filosófica, científica, artística y social.

[...] Yo estoy conforme en una orientación de la Universidad hacia los problemas sociales [...] pero no estoy

conforme con la consagración de un sistema social definido, el colectivismo, como credo de la Universidad.⁷

El asunto central que no menciona Caso es que la Universidad estaba inmersa en un sistema capitalista y no sólo era una isla en la cual reinaría sin cortapisas la libertad de cátedra e investigación.

Por el lado de Lombardo, al no quedar suficientemente aclarada la cuestión de cómo integrar un proyecto socialista en un sistema capitalista, se prestaba al juego de espejos y a hacerse cargo de un conflicto que muchas veces indujo a luchar por algo que resultó más virtual que efectivo.

A la luz de esto que vengo de describir resulta por ello significativa la respuesta del ex presidente Calles a la pregunta del arquitecto Zárraga, todavía en los tiempos en que se jugaban estos proyectos. Ya que parece constatar que en el orden del creer las cosas se complican demasiado y que no bastó negociar a los cristeros cupularmente, y neutralizarlos como opositores armados, ni tampoco introducir la educación “socialista”, para que el conflicto se terminara o la gente común y la no tanto abandonara sus creencias ancestrales o aceptara las revolucionarias a punto de convertirse en institucionales.

⁷ Juan Hernández Luna, “Polémica de Caso contra Lombardo sobre la Universidad”, *Historia Mexicana*, volumen XIX, número 1, p. 95.



Álvaro Obregón

La respuesta del ex presidente al arquitecto Zárraga en realidad apunta hacia un tercer periodo que podríamos denominar quizá como *¿revolucionario-espiritual?* Esta vez se va a jugar en un territorio en el cual, si bien se cruza la muerte, no lo hace de manera sangrienta como en los dos periodos anteriores, ya que se trata de una experiencia que ocurre en la propia interioridad del alma de esa agrupación heterogénea de adultos conformada por algunos de los revolucionarios ya institucionalizados o a punto de bajarse definitivamente del caballo o, también, por los derrotados como Calles mismo. O incluso por la generación política emergente y algunos profesionistas y mujeres de políticos, etcétera. Un lugar privilegiado, no necesariamente el único de esta etapa espiritual,⁸ se experimentará en los terrenos del espiritismo.⁹

⁸ Que obviamente no se inauguraba en ese momento si nos atenemos por ejemplo al tipo de prácticas subjetivas y espirituales que indujo desde tiempo atrás la masonería. E incluso el propio espiritismo.

⁹ Entre otros: el ex presidente Miguel Alemán; el ex candidato Juan Andreu Almazán; el ex secretario de Salubridad, Abraham Ayala González; el ex ministro de Hacienda, Ramón Beteta; el hijo de Calles, Rodolfo, ex gobernador del estado de Nuevo León; el ex ministro de la Suprema Corte de Justicia, Fernando de la Fuente; la actriz María Elena Marqués; el ex dirigente obrero Luis N. Morones; el ex secretario de Relaciones Exteriores, Ezequiel Padilla; el ex secretario de la Presidencia de la República en el periodo del general Calles, Fernando Torre-

De ahí que resulte significativo encontrar al ex presidente Calles “aparecerse” —el 11 de noviembre de 1947— ya como “entidad desencarnada” y no exento de ternura (había fallecido el 19 de octubre de 1945) en un círculo espiritista para decir: “Ustedes saben que siempre los quise, y les sigo queriendo más ahora que, con la ayuda del Maestro del Castillo,¹⁰ estoy libre de las formas materiales. En esta vida todos cometemos errores. Soy el mismo para ayudar a todos mis amigos. A ti, Rafael,¹¹ te estoy agradecido por haberme iniciado. Buenas noches a todos mis queridos hermanos”.¹²

En una sesión previa, la del 4 de marzo de 1947, Calles, repitiendo las palabras escritas arriba, remató con un matiz un poco diferente, ya que su “espíritu” le dio las gracias a don Rafael por haberlo “encauzado en esta senda que me ha conducido directamente al progreso espiritual”.

Percibir a don Plutarco, el feroz perseguidor de “mochos” y cristeros, hablando de “progreso espiritual” y no ya de deslindes tremebundos, no deja de sorprender por lo edulcorado que parece. Claro que para manifestar esto no se esperó a estar desencarnado, cuando menos si nos atenemos a las minutas de las sesiones que recopiló Gutierre Tibón y que comprenden el periodo de abril de 1940 a abril de 1952. Doce años. En el caso específico del general Calles, lo vemos aparecer por primera vez ya habiendo retornado del exilio —al que lo indujo Cárdenas—, todavía encarnado en la sesión del 9 de julio de 1941 (y, ya desencarnado, en una última sesión en la que se presenta por un corto periodo el 2 de diciembre de 1947).

LA DEFENESTRACIÓN DE CALLES

Para abundar en esta cuestión voy a citar algunos datos que llevaron al presidente Cárdenas al convenci-

blanca; el dos veces secretario de Educación Pública y ex director general de la Unesco, Jaime Torres Bodet, etcétera.

¹⁰ Se refiere —cuenta Gutierre Tibón— al doctor Enrique del Castillo, médico que vivió en el siglo XIX, el cual fungía como guía del círculo espírita al que asistió el ex presidente Calles en la primera mitad de los cuarenta. Según las actas de las sesiones recopiladas por Gutierre Tibón, y que todos los asistentes firmaban, el doctor Del Castillo acostumbraba presentarse en las sesiones anunciándose con tres golpes en la mesa. Y, además, el maestro Del Castillo aportó no sólo su retrato al grupo, sino sus lentes, los cuales ofreció al citado Rafael Álvarez con estas palabras: “Al dejarte mis lentes a ti, querido hijo, ha sido con el deseo de que el camino futuro que transitaremos, lo veas con la claridad que yo deseo”. Gutierre Tibón, *Ventana al mundo invisible*, Planeta, México, 1994, p. 14. Agradezco al maestro Ignacio Solares haberme proporcionado este libro muy difícil de conseguir.

¹¹ Se refiere a Rafael Álvarez y Álvarez, fundador del Instituto Mexicano de Investigaciones Psíquicas, A. C., ex senador, patrono presidente del Nacional Monte de Piedad (Gutierre Tibón, *op. cit.*, p. 251).

¹² Gutierre Tibón, *op. cit.*, p. 222. Lo de las buenas noches que dice Calles tiene su sentido, ya que las reuniones comenzaban en general a las 9 de la noche.

miento de que había que deshacerse de la sombra del Jefe Máximo si quería gobernar. A este respecto, uno del tremebundo de Gonzalo N. Santos ayudará a esta cuestión. Se da en el contexto de la vuelta de Calles en diciembre de 1935 después de que había dicho a mediados de año que abandonaba la política y también el país. Pero no lo cumplió. Hizo lo segundo por un breve periodo.

Y llegó el general Calles a México e hizo unas declaraciones en las que decía que venía a responder de los cargos que le hacían y, acto seguido, lanzó un manifiesto. Firmaron las declaraciones de la prensa el senador Manuel Riva Palacio, Manuel Pérez Treviño, Joaquín Amaro, Luis N. Morones y Melchor Ortega, convocando para la formación de un partido que se llamaría Partido Revolucionario Anticomunista (PRAC), invitando a la ciudadanía para que se inscribiera en él con el fin de combatir al comunismo en el poder.¹³

Esto ha de haber sido un poco desconcertante para los católicos amantes de las catacumbas y los juramentos, el encontrarse de pronto del mismo lado —hasta cierto punto— del autor del Grito de Guadalajara. De esto se habla poco en el territorio de los juramentados de esos años e incluso posteriormente. Felizmente les quedaba todavía el “comunista” Cárdenas para blandirlo como espantajo un buen tiempo, y el ejército de los desfanatizadores no exentos de fanatismo anticlerical como, por ejemplo, Garrido Canabal. Con un enigma que sin embargo se manifiesta en el caso de Calles, a saber: ¿cómo se puede ser al mismo tiempo desfanatizador de la religión y estar en parte de nuestro lado? ¿Acaso Los Tecos se plantearon de esta manera las cosas? No he encontrado hasta ahora datos contundentes al respecto.

¹³ Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, pp. 589-590. Hugh G. Campbell afirma que la organización más importante de la derecha radical secular en la década de los treinta fueron las denominadas “Camisas Doradas”, que en realidad se llamaban Acción Revolucionaria Mexicana (ARM), fundadas en marzo de 1934 por el general ex villista Nicolás Rodríguez, como una organización militar basada en los modelos de los camisas pardas y los camisas negras de Alemania e Italia. “La ideología de la ultranacionalista ARM se caracterizaba por su antisemitismo y anticomunismo, su principal actividad consistía en tratar de intimidar a los huelguistas. Existen evidencias para suponer que la organización se formó a iniciativa de Calles, con el objetivo de mantener controlados a los trabajadores; al tiempo de la formación de la ARM él todavía era el hombre fuerte en México, pero su inclinación conservadora, la cual sirvió para poner los intereses de los empresarios por encima de los intereses de los trabajadores, se vio amenazada por las crecientes actividades de la CGOCM que Lombardo Toledano había organizado el año anterior”. Hugh G. Campbell, *La derecha radical en México, 1929-1949*, SEP, 1976, pp. 52-53. Y todavía añade Campbell que cuando hicieron su aparición las actividades subversivas de la Alemania nazi en México, en 1935, la “legación alemana consideró conveniente para sus intereses proporcionar un subsidio a la ARM”. Esto lo cita de Verna Carleton Millan, *Mexico Reborn* (Houghton/Mifflin, Boston, 1939, p. 243). Queda pendiente para un futuro trabajar las posibles relaciones entre el PRAC y la ARM.

Gonzalo N. Santos relata haber subido a la tribuna de la Cámara para decir que ese sería:

El último cuadro del sainete representado por el Callismo y que estaba seguro de que el general Cárdenas no iba a matar a Calles, que él sólo se moriría de decepción al ver que nadie lo seguía y que aquello de Jefe Máximo había pasado para siempre, por fortuna para la Revolución y para el país. Pedí que no se llegara a la injuria contra Calles [...] para no hacerle el caldo gordo a la reacción.

[...] Cárdenas muy sereno volteando a verme me dijo: “efectivamente, yo no mataré al general Calles porque mi gobierno no asesina, pero tiene razón el senador Santos, él se va a morir de decepción”.¹⁴

En síntesis, a estas alturas, como ya lo adelanté, se trataba ya de mínimo dos “reacciones”. La católica y aquella de los revolucionarios institucionales. Las cosas se complicaban para los amantes de las dicotomías claras y distintas.¹⁵

Finalmente, se puede decir que el presidente Cárdenas con esta acción, en la que envió a su antiguo amigo a rumiar su decepción, le ofreció una ayuda inestimable a su “progreso espiritual” cuando años después entró a su tercera etapa espiritista. O sea que la decepción en parte la superó por la recepción de una serie de espíritus seleccionados *ad hoc*.

La admiración de Calles por Alemania

Conviene decir algunas palabras de la relación de Calles con Alemania, que completan en parte lo ya adelantado. Jürgen Buchenau relata que para entender la relación de Calles con Alemania hay que considerar como mínimo tres momentos: el primero, cuando representó a la autoridad constitucionalista en Sonora, situación complicada entre otras cosas por la inestabilidad de la frontera con Estados Unidos y no sólo, como señala Buchenau, por el ataque de Villa a Columbus en marzo de 1916 y la subsiguiente invasión norteamericana a Chihuahua, sino que además se convirtió en un importante teatro de operaciones para los agentes secretos durante la Primera Guerra Mundial.

¹⁴ Gonzalo N. Santos, *op. cit.*, p. 590.

¹⁵ Aquí el texto del ya citado Hugh G. Campbell resulta de nueva cuenta esclarecedor cuando habla de dos derechas radicales en México entre 1929 y 1949, una religiosa y otra secular, y señala que “la Derecha radical [en México] no fue un movimiento monolítico. [...] Aunque todos estos grupos eran ultranacionalistas, antiparlamentarios y antimarxistas, el factor clave que los dividió fue el papel que desempeñó la religión en su estructura” (*op. cit.*, pp. 8-9).

Sin embargo, se las arregló para establecer una “pequeña colonia militar compuesta de germanohablantes emigrados de Estados Unidos en el escasamente poblado noroeste de Sonora”. Se cuidó en lo posible de no provocar ningún conflicto con Estados Unidos. Una vez que fue elegido presidente en julio de 1924, Calles aprovechó para preparar un largo viaje por Alemania. Una Alemania que no intentó detener a los agentes rebeldes simpatizantes del derrotado Adolfo de la Huerta que se fueron a refugiar a ese país. Calles se entrevistó con el presidente socialdemócrata Friedrich Ebert y luego se consagró a curarse en el sanatorio Grünewald de Berlín. Hay que remarcar que se trataba de la primera visita de un futuro jefe de Estado a Alemania después de su derrota militar de 1918. Señala J. Buchenau que:

La admiración de Calles por Alemania persistió aun después de que los nazis tomaron el poder en enero de 1933. Especialmente durante su exilio en San Diego, California (1936-1941), Calles demostró una creciente simpatía por el gobierno totalitario de Adolfo Hitler. Poco después de su llegada a Estados Unidos, había sido crítico sobre la intolerancia y violencia de Hitler, aunque explicó que la represión nazi era una respuesta a los “excesos” de la izquierda alemana.¹⁶

Enrique Krauze añade otro aspecto del asunto cuando afirma que días antes de ser mandado al exilio, Calles fue visitado por José C. Valdés en su hacienda de Santa Bárbara y lo había encontrado en la cama leyendo *Mi lucha* de un tal Adolfo Hitler. Calles le hizo confesiones antisemitas, se declaró enemigo jurado del comunismo, criticó a la República española y expuso su visión de Marx: “Para Marx no existe el individuo, y por lo tanto, no existe la libertad [...] Marx hace del individuo una pieza de una gran máquina que se llama Estado [...] Para el Estado, el hombre no es nada”.¹⁷

¹⁶ Jürgen Buchenau, “Plutarco Elías Calles y su admiración por Alemania” en *Boletín*, número 51, Fideicomiso Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, abril de 2006, pp. 2, 3, 15 y 18. El autor remite a Calles, “The Law of the Pendulum: From Radical Impulsiveness to Reactionary Intransigence” (AFT, FPEC, serie 011000, expediente, 45 Declaraciones, inventario 1245). Por ejemplo, en una carta a su amigo el ingeniero Luis L. León le dice que el reciente discurso de Hitler en el Parlamento en el que habría llamado a la paz “es en mi humilde concepto, el documento político más hábil, más medular y de mayor importancia histórica de cuantos se hayan producido en los últimos tiempos, —fortalece su posición de gobernante ante su pueblo cuya moral levanta [...] y pone en gravísimo aprieto a sus enemigos que, por más intransigentes que sean, tendrán que darle muy seria consideración a su llamado de paz” (documento 4 del Fondo PEC). Y eso que Hitler acababa de invadir Polonia. Calles ve esta invasión con enorme admiración y prueba de “la indiscutible y magnífica organización guerrera que no tiene interés en la matanza sino...”.

¹⁷ Enrique Krauze, *Biografía del poder. Caudillos de la Revolución Mexicana*, Tusquets, 1997, p. 139. José C. Valdés, *Historia general de*

Krauze tiene cuidado en señalar que en cuestión de libertades el ex Jefe Máximo poco podía presumir. Y por cierto con esta manera de pensar se acercaba mucho a la posición vaticana sostenida en ese momento por Pío XI y su secretario de Estado Eugenio Pacelli, futuro Pío XII. Cuando volvió del exilio y el presidente Ávila Camacho en 1942 declaró la guerra al Eje, Calles se plegó a su política. ¿Por oportunismo o convicción? No lo sé.

DOS MANERAS DE EXPERIMENTAR LO “ESPIRITUAL”:

LOS TIEMPOS DE LA CRISTIADA Y AQUELLOS DE LOS CUARENTA

Durante la Cristiada, la espiritualidad mayoritaria católica aparecía de manera más o menos discreta y en buena medida sujeta a la clandestinidad. Y esto abarcó también a las mujeres e hijas de los revolucionarios todavía sin desensillar. Una de sus manifestaciones privilegiadas fueron las misas privadas —otra cosa eran las misas de los alzados que se daban en la montaña—, que incluso se oficiaban en las casas de los incorruptibles revolucionarios. Lo de las misas privadas se produjo una vez que la cúpula eclesiástica suspendió el culto público pero permitió su diseminación en oratorios privados.¹⁸ Uno de los casos más pintorescos respecto de la familia revolucionaria fue sin duda el de la mujer del jefe de la policía del Distrito Federal, el general Roberto Cruz, que fue el encargado de fusilar al jesuita Miguel A. Pro. En una serie de célebres entrevistas realizadas por Julio Scherer al general Roberto Cruz en 1961, este último ofrece sus razones para haber permitido que en su propia casa se celebraran misas. Cruz aduce como una razón muy importante el hecho de estar muy enamorado de su mujer doña Luz Anchondo: “¡Viera de joven qué bien plantada era! Y como ella quería que hubiera misa todos los domingos sin fallar uno solo, pues que hubiera. ¿Cómo negarle un favor a doña Luz? No hubiera podido. Así que acepté que fuera el curita cada se-

la Revolución Mexicana, tomo VIII, Editores Mexicanos Unidos, México, s.f.

¹⁸ La noche del 31 de julio de 1926, noche en la que se retiró al santísimo de las iglesias, causó gran consternación en una parte de la población y un cambio cualitativo de la mentalidad hacia visos más guerreros (Cfr. Jean Meyer, *La Cristiada*, Siglo XXI, México, 1969, y Heriberto Navarrete, *Por Dios y por la Patria*, Jus, México, 1961). Pasado un tiempo, el gobierno, que al principio alegaba con justa razón que él no lo había hecho, comenzó a perseguir las misas clandestinas. Pero de manera selectiva, porque cuando los policías al servicio de los revolucionarios más anticlericales se topaban con la asistencia de las mujeres de los miembros de las cúpulas políticas en esas ceremonias, se veían en un predicamento. Lo que se dirimía de manera cartesiana en el campo de batalla adquiría otra tesitura en las ciudades. La lucha entre varones se trastocaba cuando entraban sus mujeres y sus hijas. Por otra parte, las mujeres, por ejemplo las de las Brigadas Santa Juana de Arco, no sólo rezaban y mantenían la piedad, también avituallaban a los alzados con armas y parque.

mana y que rezaran con él todos los mochos y mochas que se reunían en mi casa de la colonia Hipódromo, en la esquina de Celaya y Tehuacán, que a mí ningún daño me hacían”.

Scherer añade que un cura joven apellidado Cortés decía la misa a las 8:00 am, mientras el general dormitaba todavía. Luego como a las nueve bajaba y se sentaba “al lado del curita. Él a la cabecera, como debía ser y yo a un lado a la derecha”.¹⁹

En ese y otros lugares análogos, el conflicto se suspendía por un rato e incluso se permitía un tipo de prácticas en las que primaba el disimulo, y no sólo los asustados católicos que escuchaban misa sin la protección del mero mero, sino también aquellos que los perseguían contribuían a ello. Lo cual no impedía que de pronto la ferocidad reapareciera una vez terminado el tiempo del ritual. Como en el carnaval.

¹⁹ ¿Como debía ser? Como si el *habitus* militar de las jerarquías más el eclesiástico se hicieran presentes en este tipo de hombres acostumbrados a cuadrarse. Y si a esto le añadimos aquel de cuadrarse con su mujer... Pero una vez que salía de su casa, el “curita” estaba sometido al jefe de la policía que se le cuadraba a Obregón y a Calles. Y entonces nada de estar en calma tomando chocolate y comiendo tamales con los devotos que a veces, cuenta Cruz, rebasaron los treinta y que llegaron a departir hasta pasadas las 11 de la mañana. O sea que adentro de la casa los asistentes se relajaban sin temor (Julio Scherer, “Roberto Cruz en la época de la violencia”, *Excelsior*, 6 de octubre de 1961).

Ante esta muestra de lo que considera un comportamiento cínico de Cruz, el asombrado periodista le pregunta a quemarropa:

—¿Alguna vez supo el presidente Calles todo esto?

—No tenía por qué saberlo ni yo por qué írselo a contar.

—Pero... ¿y sus órdenes?

—¿No estaba doña Luz Anchondo de por medio? [Y por si faltaran argumentos contundentes Cruz añadió]: Y además, ¿no eran en la casa de él mismo todos católicos? ¿No lo fue su esposa? ¿No lo son ahora sus hijas?

Pero entre tanto pintoresquismo jugueteón, Scherer lo interroga sobre un episodio que marcó su carrera militar y policiaca, el fusilamiento por órdenes directas del presidente Calles de otro curita al que ciertamente no invitó a tomar chocolate²⁰ y de tres militantes de la ACJM sin previo juicio.

Si no fuera por el curita, por Pro, yo no tendría esa fama de troglodita, de hombre primitivo, de matón. Y pasaría por lo que soy; por un hombre culto y fino.

²⁰ En el lío que se hubiera metido si lo hubiera hecho antes. Empezando con doña Luz.



Plutarco Elías Calles

[...] Bien saben que si Pro es elevado a los altares como dicen los católicos, no será santo de mi devoción. [...] Lo vi en el paredón demacrado, sin una gota de sangre con los labios que parecían de papel. Y segundos después escuché la descarga cerrada de los cinco soldados que lo ejecutaron.

—¿Se conmovió?

—Nada.

—¿Está usted arrepentido?

—¿Cómo podría estarlo? Un militar cumple con su deber, con una orden del presidente de la República.

—¿Volvería a actuar como entonces?

—Por supuesto.

—¿Vio usted en Pro a un hombre mejor que los demás?

—Vi en él a un hombre como todos. Y si entre los ejecutados debiera creer en uno, si entre los tres hubo un santo, ese fue el ingeniero Segura Vilchis. Más hombre que Pro y tan culpable como el curita en el atentado dinamitero. A ese sí sentí que lo hubieran “tronado”.²¹

²¹ Julio Scherer, *op. cit.*

El cerebro del atentado fallido, Luis Segura Vilchis, el hombre que había planeado volar el tren en donde viajaba Obregón con dinamita sin importar que los que vinieran dentro fueran militares, en síntesis, el “tiranicida” con mentalidad de terrorista, es el admirado por el militar Cruz.

Por lo pronto, el fusilamiento preventivo del padre Pro y de su hermano Humberto sirvió para consolidar por parte de los católicos el sentimiento de impunidad y persecución. Y también como una prueba más de la discrecionalidad del futuro fundador del PNR.

La entrevista Scherer-Cruz resulta un valioso documento antropológico que impide reducir el conflicto armado a lo que sólo pasaba en el campo de batalla o en el campo de tiro. Porque, entre otras cosas, esos oratorios improvisados no iban a servir sólo para las prácticas devocionales o la recepción de los sacramentos; en algunas ocasiones fueron lugares de confluencia para la planeación de acciones violentas. Como fue el caso del famoso convento de la madre Conchita, al que asistió entre otros, el asesino de Obregón, José de León Toral, y no sólo él. Por ejemplo, también en ese convento confluieron los actores del intento de asesinato de Obregón, con una aguja envenenada, en Celaya a mediados de abril de 1928. María Helena Manzano fue citada en el convento de la mencionada monja por Carlos Castro Balda para planear el asesinato a nombre de Carlos Díez de Sollano.²² Gentil como era la monja, le abrió la puerta pero no estuvo en la reunión. Manzano, en el interrogatorio que un año después le hicieron, afirmó que la aguja envenenada la había recibido de Díez de Sollano en el comedor del convento al día siguiente. A su vez admitió que la monja sí había asistido a la reunión junto con Manuel Trejo y Eduardo Zozaya,²³ en la cual se había hablado de las bombas que se estaban fabricando a dos casas del convento para que explotaran en la Cámara de Diputados, el 23 de mayo de 1928, y en el Centro Obregonista a finales de ese mes.²⁴

EN DONDE SE CONSTATA QUE EL *MÁS ALLÁ* TIENE MÁS DE UNA MORADA (O LA “OTRA ESCENA” POLÍTICA)

Dirijamos ahora nuestra atención a otro espacio en el que por lo pronto todavía no se recurre al psicoanalista,

²² Años después, en 1934, Carlos Castro Balda y Concepción Acevedo, reclusos en la prisión de las Islas Marías, contrajeron matrimonio.

²³ Manuel Trejo es el que finalmente entregó la pistola a José de León Toral, con la cual al dispararla nos preparó obviamente sin saberlo el advenimiento del PRI. Eduardo Zozaya y su esposa Leonor Rubio —que también asistió al convento— a su vez están implicados en el circuito que recorrió la pistola que finalmente llegó a manos de Toral.

²⁴ Para un análisis más pormenorizado, véase Fernando M. González, *Matar y morir por Cristo Rey*, UNAM-IIS/Plaza y Valdés, México, 2001, sobre todo el capítulo 15.



sino a un médium, y que opera desde otras coordenadas. Se trata ahora de explorar una dimensión de lo “espiritual” que marca sus diferencias con aquella de los momentos álgidos del conflicto armado de 1926-1929. Y para ello retomo de lleno lo que considero como la tercera etapa del general Calles, la espiritista,²⁵ quizá facilitada en parte por el intento fallido del PRAC.

El espiritista no sólo cree en un más allá de la materia sino algo fundamental de su doctrina consiste en la comunicación con los espíritus.²⁶ En general, se considera que reina una notable fluidez entre ambos mundos. Ahora bien, como lo recuerda Leyva:

Para los espiritistas, el catolicismo representaba una institución corrupta y anacrónica que exigía cierto comportamiento inadecuado con su momento histórico. [...] La moral tuvo entonces un nuevo aliado en el espiritismo: la ciencia.

[...] Para Kardec, la jerarquía más alta incuestionable sigue siendo un Dios eterno inmutable, inmaterial, único, todopoderoso, soberanamente justo y bueno.

[...] “El mundo espiritista es el original, primitivo, eterno, preexistente [...] el mundo corporal no pasa de ser secundario”.²⁷

Cuando Calles a su regreso del exilio en 1941 se inserta en el espiritismo junto con otros generales y políticos revolucionarios, el conflicto feroz y sangriento que enfrentó a la Iglesia católica y a los gobiernos “emanados de la revolución” en la segunda y tercera década del siglo XX se encuentra ya muy atenuado en su parte guerrera. Y en todo caso se manifiesta en otras instancias que no son ya la del campo de batalla, sino en aquella ya citada del campo educativo y en este otro lugar más acotado, o sea, el “espiritual”, en el que confluyen algunos masones y espiritistas sin necesariamente confundirse en todos los casos.

En el caso del espiritismo, lo espiritual no pasa por el control del magisterio eclesiástico, aunque no dejan de colarse algunos sacerdotes, sea para aparecerse o para tratar de desenmascarar los trucos de los espíritus. Por lo pronto, muestra que no sólo existe un más allá que necesariamente sería ortodoxamente católico o al menos cristiano.

²⁵ Cabría recordar que el espiritismo se introdujo en México por intermedio de un general liberal, Refugio I. González, nacido en Lagos de Moreno, Jalisco, quien fundó la revista *La Ilustración Espírita* en 1870. Se trata de un militar que combatió en el “bando liberal durante las guerras de Reforma; también participó en el juicio contra Maximiliano como segundo fiscal”. Ver José Mariano Leyva, *El ocaso de los espíritus. El espiritismo en México en el siglo XIX*, Cal y Arena, 2005.

²⁶ “Las comunicaciones entre el mundo espiritista y el corporal están en la naturaleza de las cosas, y no constituyen ningún hecho sobrenatural”. Allan Kardec, *El libro de los espíritus*, Editores Mexicanos Unidos, México, 1967, p. 51.

²⁷ José Mariano Leyva, *El ocaso de los espíritus: el espiritismo en México en el siglo XIX*, Cal y Arena, 2005, pp. 33-34. Kardec, *op. cit.*, p. 23.

Se trata de un *más allá* pacificado que al parecer sirve entre otras cosas para promover la comunicación con los seres queridos ya desencarnados y para los citados progresos del espíritu, y en el cual nadie de los que se aparecen viene a reclamar cuentas pendientes.²⁸ De ahí que para nada la sombra del caudillo, la de Francisco Serrano, la de Miguel A. Pro o la de José de León Toral se hagan presentes. Nos las vemos a esas alturas, con *otra escena*, ya purificada de la sangre y la violencia.

En este espacio espírita nocturno, ya nadie tiene el poder de perseguir, no hay temor de verse sorprendido por una redada como en los tiempos de la Cristiada. Incluso el espacio en donde el ex Jefe Máximo opera y prospera espiritualmente no sólo se utiliza para comunicar dos mundos y transformar su alma, sino para investigar ese tipo de fenómenos en el Instituto Mexicano de Investigaciones Psíquicas. Los muertos molestos están ya a buen recaudo. Tampoco hay crisis de conciencia ni pesadillas que irrumpen. Esto último, en todo caso, va a ocurrir en los consultorios psicoanalíticos hacia finales de la siguiente década, cuando la clase acomodada y los universitarios busquen el más allá en un inconsciente secularizado que se comunicará con su psiquismo y su cuerpo de otra manera.

El regreso de Calles coincide con el hecho de que a finales de 1941 la Iglesia católica celebró abiertamente y con gran pompa el cuarto centenario de las apariciones de la Virgen de Guadalupe, violando sin problemas las normas constitucionales, sin ninguna represalia. Y en diciembre de 1945 se eliminó la palabra socialista del artículo tercero. Acción a la que el arzobispo Martínez calificó de “un paso importante hacia la libertad” (*Tiempo*, 28 de diciembre de 1945, pp. 6-7). Y comenzó el lento auge de las escuelas privadas confesionales. Aunque todavía bajo el tipo de práctica de hipocresía negociada que se instauró con los arreglos de 1929, con el denominado *Modus Vivendi*. A esta hipocresía estructural a que dio lugar el citado *Modus Vivendi*, el general Cruz, haciendo un balance más de treinta años después, describió con ironía en 1961 del siguiente modo: “Más vale que siga todo como está. Llevamos ahora buen camino. Que ellos [los mochos] se excedan, pero poquito y que nosotros nos “aguantemos”, poquito también. [...] Que violen la Constitución pero poquito. Y que nosotros nos hagamos los tontos, poquito también”.²⁹

Sin embargo, en ese más allá espírita no dejan de existir jerarquías que recuerdan los caudillajes de los que proceden una buena parte de los iniciados en estas lides

²⁸ Como sí es el caso en la novela histórica de Ignacio Solares dedicada a Calles, *El jefe Máximo*, Alfaguara, México, 2011.

²⁹ “Que sigan con sus peregrinaciones a la Villa de Guadalupe, que traigan más curitas de otros países, pero que no quieran salirse del hual y venir a cantar a mi gallinero”, confesó en la ya citada entrevista con Julio Scherer.

del espíritu. De ahí que al ex Jefe Máximo, si bien a esas alturas está desposeído de su aura de poder efectivo, las entidades de los aparecidos le rinden deferencia, en general dirigiéndose a él primero cuando realizan la secuencia de sus apariciones en las escenas nocturnas como si estuvieran en el teatro.

A su vez, Calles parece percibirse como alguien al que le faltó explorar una dimensión, antes de pasar al más allá. Y felizmente todavía tiene tiempo de subsanarlo. E incluso de aceptar que hay Otros por encima del ex Jefe Máximo también en la otra realidad. De ahí, la voluntad de reconocer al maestro Enrique del Castillo, al cual Calles —poco tiempo antes de pasar al otro lado del no espejo— invita a visitarlo en su residencia de Cuernavaca para que conozca a sus hijas y también a su mujer. O sea, se trata de una iniciación familiar promovida por el ex presidente.³⁰ Que a esas alturas no sólo aparece como padre cariñoso sino como abuelo tierno.

Una escena casi erótica —o sin el casi

En la sesión del 29 de julio de 1947, se hizo presente el espíritu del ex Jefe Máximo y, como siempre, saludó a sus amigos presentes con “enérgicas palmadas”. “Cuando estuvo frente a Aída [de la Fuente],³¹ habló con voz clara durante un lapso aproximado de cinco minutos. Dio consejos y rogó al Gral. Tapia que los ratificara al terminar los trabajos”.³²

Y al final del acta de esa sesión a la que asistieron 22 personas se añade lo siguiente: “Se omitió hacer constar que nuestra visitante Aída de la Fuente traía en el escote un recado que pensó entregar al Gral. Calles al presentarse. Pero en el momento en que la entidad apareció y debido a la fuerte emoción que le producía el observar por primera vez estos fenómenos, se olvidó del papel escrito. Con todo, la entidad se encargó de tomarlo y llevarlo consigo sin dejar rastro alguno”.³³

La entidad de Calles, sin duda de manera muy discreta pero efectiva, percibió el mensaje en el escote y actuó en consecuencia. Pero como en el caso de la Virgen María con el Espíritu Santo, doña Aída al parecer ni siquiera percibió su presencia en ese punto pre-

ciso. Hay ciertas delicadezas de los espíritus que no las percibe la carne, aunque en algunos casos llegan a tener consecuencias.

¿Y QUÉ HACER CON UN MÁS ALLÁ HETERODOXO?

Y tratándose de un terreno en donde un supuesto más allá busca manifestarse en el aquí y ahora, no faltó el sacerdote que sintió que su misión en la vida era el desmascarar los “fraudes” de los espiritistas. Porque ante todo se trataba de salvaguardar el auténtico más allá que en el caso mexicano de esos años todavía era casi monopolio de la Iglesia católica. Se trata del sacerdote jesuita Carlos María de Heredia. Un episodio que no tiene desperdicio es aquel en el cual Gutierre Tibón pregunta al general Calles si el citado sacerdote ya lo había convertido al catolicismo, como afirmaba un artículo de la revista *Newsweek*, y Calles reaccionó de una manera más bien juguetona de esta manera:

“Mi pregunta pareció divertir mucho al general. Carraspeó, me dio una manotada cordial en el hombro y me dijo algo que me dejó perplejo: ‘Confidencialmente, amigo, muy confidencialmente, le digo que hay que invertir los términos. Soy yo quien está convirtiendo al padre Heredia’”.³⁴

Y Gutierre añade que de acuerdo con el general Calles, don Rafael Álvarez y Álvarez invitó al padre Heredia a asistir a la sesión del 24 de septiembre de 1941, como invitado de honor. Ahora bien, ¿qué ocurrió en ella?

Transcurridos diez minutos se presentaron las primeras manifestaciones siendo una la que quedó, y después de tocar la campana pendiente del techo, elevó la caja de música y a petición oficial, golpeó la tapa precisamente a la altura de la cabeza del padre Heredia. A continuación se presentaron varias luces pequeñas que sonaron en el aire juguetes, algunos de los cuales pendían del techo.

Se presentó después la figura del Maestro [Amajur], quien se mostró con toda claridad al padre Heredia, tocando su cabeza y vertiendo agua en un vaso, después de saturarla se la dio a beber. [...] Llegó enseguida la Hermana María de Jesús, quien se mostró con mucha luz, y después de saludar a varios de los asistentes iluminó su rostro de manera especial ante el padre Heredia [...] retirándose para dejar lugar al maestro Del Castillo, quien se dio a conocer con su señal característica de tres golpes sobre la caja de música. Poco después, muchas pequeñas luces indicadoras de varios seres, rodearon al maestro Del Castillo, levantando al médium con todo y silla, por los aires, hasta llevarlo y dejarlo en otro extremo de aquel en que estaba colocado. El Maestro Amajur dejó en poder

³⁰ Sesión del 8 de agosto de 1945, que se llevó a cabo en la Quinta Las Palmas en Cuernavaca.

³¹ No sé si se trata de la hermana (o la esposa) del licenciado Fernando de la Fuente, ministro de la Suprema Corte. Porque en las referencias de los personajes que constata Gutierre, a las mujeres no las considera dignas de mención. En todo caso, el espíritu de Calles platica con ella.

³² Gutierre Tibón, *op. cit.*, p. 201. Se trata del general José María Tapia, del cual Gutierre escribe lo siguiente: “ex Gobernador del Territorio Norte de Baja California, ex Director General de Correos, Senador de la República” (p. 255). El mismo que a finales de 1935 invitaba a la rebelión armada contra el gobierno de Cárdenas.

³³ *Ibidem*, p. 202.

³⁴ *Ibidem*, p. 13.

del P. Heredia un manuscrito que decía: *Tu hermano querido padre*, con sus iniciales de siempre.³⁵

En el acta firmada, consta la firma del jesuita experto en desenmascarar fraudes espiritistas. Pero lo que no consta es la más elemental crítica que el citado haya realizado. Lo cual me imagino le caló un poco. Tal parece que los desencarnados se esmeraron con su educado y estricto orden de aparición en mostrarle que existen más cosas entre el cielo y la tierra que la invisibilidad que pretendía administrar. Y que los católicos no tenían el monopolio del más allá. Y no sólo eso, sino que además no eran necesarios los intermediarios sacerdotes aunque sí otro tipo de mediadores más profanos, como Luisito, que servían de facilitadores para la comunicación entre vivos y difuntos.³⁶ El dispositivo espiritista colaboró en este caso a la pacificación de una buena parte de las tensiones entre la reacción y la Revolución, o si se quiere fue uno de los lugares privilegiados en el cual la revolución “reaccionaria” encontró su punto de equilibrio. O continuó su lucha por otros medios más inocuos.

En el mundo del grupo espiritista de Calles no caben los rivales cardenistas y algunos otros de periodos anteriores. Es decir, que el más allá en su comunicación con el acá no deja de estar politizado.

En síntesis, el espacio espiritista en el cual se desenvuelve Calles se las arregla en buena medida para producir mínimo dos Más Allá controlables con sus consiguientes tipos de invisibilidad: uno, el que vengo describiendo, y el otro, que debía permanecer silenciado y sin posibilidades de comunicación con los vivos a la manera revolucionaria institucional.³⁷ Manera que continuaría

³⁵ *Ibidem*, pp. 89-90. Sin embargo, no se explica en el acta por qué el *Maestro* le da el manuscrito a Calles y qué más decía. Que un espíritu de esa jerarquía —cuando menos en ese grupo— le llame hermano recuerda a los masones.

³⁶ Para tratar de matizar las cosas respecto a Calles y el catolicismo, hay que citar a Jürgen Buchenau, cuando señala que si bien no se presentó a la boda religiosa de su hija “predilecta” Hortensia, entre otras cosas porque recibió “una intensa cobertura de prensa, probó estar más comprometido cuando no se encontraba bajo la mirada pública. Por ejemplo en 1925, fue padrino de uno de sus nietos. Plutarco José fue bautizado en una iglesia católica, asimismo Calles y su familia patrocinaron activamente instituciones católicas de educación. Su hijo Plutarco José y sus nietas Norma y Tenchita se educaron en escuelas católicas. Las dos últimas en el Ramona Convent cerca de la ciudad de los Ángeles” (J. B., *Una ventana al más allá*, *Boletín*, Fideicomiso Archivos Plutarco Elías Calles y Fernando Torreblanca, número, 46, p. 9). Además, en un momento de su vida como presidente, Calles fue a buscar en febrero de 1928 la ayuda del Niño Fidencio. Y como bien remata Buchenau: “Calles hizo una distinción entre la práctica de la fe católica que él rechazaba y la religiosidad y espiritualidad en general”, pasando entonces por las intersecciones entre lo psicosomático y lo sobrenatural. Para tratar de entender mejor las cosas habría que tamizar la relación entre el anticlericalismo y lo religioso espiritual, y verlo como algo entre fluido y gradual, según intervenga la razón de Estado o la familia de Calles. Como en el caso del general Cruz.

³⁷ Y un tercero dominante, el administrado por la Iglesia romana.



José de León Toral

funcionando con ese tipo de lógica, por ejemplo en sucesos como el 68, el Jueves de Corpus de 1971, o en la *guerra sucia* y luego en la complicidad estructural con el narco y en la guerra contra este —ya los “mochos” incluidos en la lucha.

Manera institucional que adquiriría una nueva perspectiva con la desaparición casi a vistas de los estudiantes de Ayotzinapa en septiembre de 2014 y su específica invisibilidad. La cual trajo a la superficie otras invisibilidades acumuladas de los asesinados previamente en diferentes contextos y circunstancias. Incluidos los ajustes de cuentas entre narcos. Con el peligro de amalgamar a los desaparecidos como si se tratara de lo mismo. Después de tanto fragor, sangre y violencia, Plutarco Elías Calles logró morir en una cama de hospital no acribillado por las balas como tantos de sus colegas y enemigos de la Revolución, sino a “consecuencia” de las heridas del bisturí que trataron de corregir un “conducto biliar bloqueado”. Pero murió en la creencia si no de la resurrección a lo mejor sí de la reencarnación o, al menos, de la posibilidad de seguir deambulando en el mundo paralelo del mátrix espiritista. **U**